



LA MARJAL

Jorge Navarro de Lemus



DOI: <https://doi.org/10.32621/acotaciones.2019.42.08>

Dramatis personae

MARÍA JOSÉ. Tiene un cuerpo delgadísimo, casi consumido.

CARLOS, su hermano. Es fuerte como un bancal de piedra.

PABLO, casado con María José. De espalda ancha como el mar.

JUAN, padre de Pablo. Amo de la Marjal. Tiene las manos ásperas como la corteza de un algarrobo.

MAGDALENA, hermana de Juan. De huesos grandes como una montaña.

CORO DE TRABAJADORES de La Marjal.

Los personajes de esta historia a veces hablan de un niño que está muerto, aunque nunca nació.

A veces hablan de Mercedes, que estaba muerta y sigue estándolo.

A veces hay un perro.

A veces ladra.

Tiempo: Hoy, pero un hoy repleto de lo que ocurrió ayer y ocurrirá mañana.

Espacio: La Marjal, es decir, la tierra, el agua, la sangre y el cielo.

Prólogo

Esta es una historia breve de la Marjal. La historia de una tierra que sangra y de la sangre que ha derramado el cielo porque agua no le queda. La Marjal estaba tranquila, pero un día hubo un hombre que apretó demasiado el puño. La tierra se enfadó y empezó a morder y a arañar con toda su fuerza.

Para Tomás y Consuelo

NOCHE

Un espacio vasto y negro rodeado por acequias. Se oyen los grillos y las ranas. Humedad. El espacio evoca a algo salvaje. La escena parece un baile de sombras. Un grupo de trabajadores manejan azadas, horcas y guadañas. Utilizan estas herramientas para cavar y mover la tierra. Movimientos rigurosos y estrictos. Marcha ritual. Un hombre parece que los dirige desde lo alto. Un perro los observa desde un rincón.

DÍA

Una habitación blanca. MARÍA JOSÉ está tumbada en la cama. Entra por la ventana una luz de canto y una voz de sueño.

VOZ.— Rema niño, mi remero, no te canses, no.

Mira ya el puerto lunero, Mira, míralo.

PABLO.— (Entrando.) ¿Estás despierta?

MARÍA JOSÉ.— Ahora sí.

MARÍA JOSÉ se sienta en la cama. Pone los pies en el suelo, está frío.

PABLO.— (La besa.) ¿Qué te pasa?

MARÍA JOSÉ.— El niño.

MARÍA JOSÉ se levanta y coge una remera de calado a medio hacer.

PABLO.— ¿Cuál?

MARÍA JOSÉ se sienta. Se escucha la alegría en el bordar de sus dedos.

MARÍA JOSÉ.— (Ríe.) El nuestro.

PABLO.— Ah. (Pausa.) ¿Te ayudo? (Lo hace.)

MARÍA JOSÉ.— Así no. Al revés.

Estiran la prenda del bebé, cada uno hacia una dirección.

MARÍA JOSÉ.— ¿Has oído lo que dicen? «Esa mujer está enferma y va a matar a ese niño que tiene dentro».

PABLO.— Calla.

Silencio.

PABLO.— No repitas lo que dicen.

Se besan con ganas. PABLO sale. MARÍA JOSÉ canta.

MARÍA JOSÉ.— Rema niño, mi remero, no te canses, no. Mira ya el puerto lunero, Mira, míralo.

DÍA

Donde se trabaja la tierra. El sol cae a plomo. Se oye cantar a un grupo de personas y de fondo a las chicharras.

CORO.— Esa mujer está enferma y va a matar a ese niño que tiene dentro

CORIFEEO.—Ella no está enferma. Es la tierra la que está enferma. Ya pasó con Mercedes. El cielo escondió la lluvia entonces y ahora la va esconder hasta que la tierra tenga al niño muerto.

CORO.— Hay que seguir labrando.

CORIFEEO.—La tierra sin agua no vale nada.

CORO.— Hay que seguir labrando.

Se oye una voz que dice: «¡Ha nacido!»

CORIFEEO.—¿Oyes?

CORO.— Hay que seguir labrando.

Otra vez: «¡Ha nacido!»

CORIFEEO.—¿Oyes?

CORO.— Hay que seguir labrando.

CORIFEEO II.— (*Entrando.*) Ha nacido muerto.

Silencio.

CORIFE0.— No te creo.

CORIFE0 II. — Vengo de arriba.

Más silencio.

CORIFE0.—¿Cuándo lo entierran?

CORIFE0 II .— Se lo han llevado.

CORIFE0.— Pero ese cuerpo es de ella. Ese cuerpo es para la tierra.

CORO.— Hay que seguir labrando.

No se mueven.

DÍA

La habitación de antes se ha teñido de negro. Las ventanas están cerradas a cal y canto. No se escucha nada. Durante la escena van entrando y saliendo figuras.

JUAN.— En nuestra tierra no se va a enterrar un muerto que nunca nació.

Así que con mucho cuidado lo sacaremos fuera. Que estoy asustado no os lo voy a negar, pero los juncos apuntan en esa dirección. Las acequias se están secando y toda la Marjal me enseña el camino. La sangre envenenada no se va a mezclar con nuestra tierra. Arroja-
mos el niño al pozo y ahí se quedará. Quiero que seáis mis ojos en el cumplimiento de estas órdenes.

CORO.— Y así será.

JUAN.— No permitáis que nadie desafíe lo que os acabo de decir.

CORO.— No hay nadie tan majadero que pretenda morir.

Cruza por el fondo MARÍA JOSÉ, que no mira a nadie.

CORO.— Pobre mujer.

JUAN.— Mi hijo la cuidará bien.

CORO.— Era su ilusión: un niño.

JUAN.— También es lo mío: los nietos.

CORO.— A su hijo hoy le lapidaban sus pensamientos.

JUAN.— Mi hijo está hecho un toro. (*Pausa.*) ¿Le habéis visto?

CORO.— No.

JUAN.— Voy a buscarle. (*Salc.*)

Vuelve a cruzar por el fondo MARÍA JOSÉ que no mira a nadie.

CORO.— ¿Tú viste al crío?

CORIFEO.—Lo vi.

CORO.— ¿La cara?

CORIFEO.—Sí. Me tapé los ojos, pero por una rendija algo vi.

CORO.— ¡Habla!

CORIFEO.—Lo envolvieron con un trapo y se lo llevaron.

CORO.— ¿Quién?

CORIFEO.—Magdalena.

CORO.— ¿Magdalena? ¿Quién?

CORIFEO.—La hermana de Juan. La que tiene los huesos grandes. La que no habla nunca y da miedo.

PABLO.— (*Entrando.*) ¿Ha pasado por aquí mi mujer?

CORO.— Está dentro, descansando un poco.

PABLO.— Voy a ver. (*Salc.*)

CORO.— Mal día para descansar.

JUAN.— (*Entrando.*) Quiero que vigiléis día y noche. Que nadie se acerque al pozo.

CORO.— No tengas miedo.

JUAN.— Yo de eso no tengo.

PABLO.— (*Entrando.*) Padre, María José no está.

JUAN.— ¿No está?

PABLO.— No.

JUAN.— ¿Has mirado arriba?

PABLO.— Ya he mirado. En toda la casa.

JUAN.— No puede ser. ¿Dónde está?

PABLO.— En ningún sitio.

JUAN.— ¿Dónde está tu mujer?

CARLOS.— (*Entrando.*) ¿Qué son esos gritos?

PABLO.— ¡Ha escapado!

CARLOS.— ¿Quién?

PABLO.— Tu hermana. ¡Aquí no está!

JUAN.— ¡Vamos! ¡Corred a buscarla!

Entra MARÍA JOSÉ arrastrando el silencio.

PABLO.— ¿Dónde estabas?

Silencio.

CARLOS.— María José.

PABLO.— ¿En qué piensas?

MARÍA JOSÉ.— No pienso en nada.

NOCHE

MARÍA JOSÉ está tumbada en la cama. La luz de la escena tiene algo que desorienta e incómoda. Algo mareante. Un niño empapado de blanco entra por un rincón. Se queda mirando fijamente a MARÍA JOSÉ. Cuando el niño sale, la luz cambia. Un perro afónico ladra. MARÍA JOSÉ se despierta.

DÍA

Habitación de MARÍA JOSÉ. Aprietan las primeras luces rígidas de la mañana.

CARLOS.— No sé qué quieres que haga.

MARÍA JOSÉ.— Piensa si puedes ayudarme.

CARLOS.— ¿Qué estás diciendo?

MARÍA JOSÉ.— Mi hijo se me ha muerto. Tengo una alcayata hundida en el pecho que no me deja respirar.

CARLOS.— Todos hemos llorado.

MARÍA JOSÉ.— A mí no se me ha escapado una lagrima.

CARLOS.— Eso es porque hace muy poco.

MARÍA JOSÉ.— Y por qué noto que me llama. Que me grita. Que llora sin parar.

CARLOS.— Tienes que olvidar.

MARÍA JOSÉ.— Tengo su llanto clavado en las sienas.

CARLOS.— Tendrás más hijos. Eso te lo puedo asegurar. ¿Por qué no te acuestas antes de comer?

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Quiero enterrarle.

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— ¿Me vas a ayudar?

CARLOS.— Mata esos pensamientos.

MARÍA JOSÉ.— Lo que te he dicho es lo que voy a hacer y a quien no le guste que reviente.

CARLOS.— ¿Se te ha ocurrido enterrarlo sabiendo que lo ha prohibido?

MARÍA JOSÉ.— Sí.

CARLOS.— Piensa lo que estás diciendo.

MARÍA JOSÉ.— No me hace falta pensarlo.

CARLOS.— Escucha.

MARÍA JOSÉ.— Suéltame.

CARLOS.— Quiero que me escuches.

MARÍA JOSÉ.— Me estás haciendo daño. CARLOS.— Quiero que me escuches bien.

MARÍA JOSÉ.— A mí nadie me está escuchando. CARLOS.— Por nuestro padre te lo ruego. Para. Ya.

MARÍA JOSÉ.— Si no lo entierro no podré ser nunca la madre de ese niño.

CARLOS.— ¿Pablo lo sabe?

MARÍA JOSÉ.— No lo sabe, pero hablaré enseguida con él.

CARLOS.— Estás loca.

MARÍA JOSÉ.— Sí. ¿Vas a ayudarme?

CARLOS.— ¡Calla!

CARLOS se mueve de un lado a otro, apretando los puños. Finalmente se apoya en la pared. Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Si no vas a ayudarme márchate. Vete a dormir, vete a comer o vete a trabajar. Sólo te pido que no me estorbes. No me hables. No me preguntes nada. (*Pausa.*) Tengo que enterrar a mi hijo. Si no lo entierro nunca será mi hijo. Si no lo entierro siempre será nada.

Un muerto no puede ser nada. Ahora mismo mi hijo es nada. Quiero echar tierra encima de mi hijo. Quiero que la tierra se mezcle con la sangre y me deje de gritar.

Silencio. CARLOS queda inmóvil, pero por dentro su cuerpo está golpeando. De repente ve a su sobrino muerto en el cuerpo de su hermana. CARLOS sale.

DÍA

PABLO está subido a un árbol. Solo. Llora. PABLO está familiarizado con el dolor, sabe que el dolor se pasa en un rato, a veces más, pero presiente que este dolor de hoy no se le va a ir nunca.

DÍA

La entrada de la casa de PABLO y MARÍA JOSÉ. Por la ventana entra una luz que quema como una tortura.

PABLO.— ¿Dónde estabas?

MARÍA JOSÉ.— En la habitación de arriba.

PABLO.— Te han visto esta mañana rondando la acequia.

MARÍA JOSÉ no contesta.

PABLO.— ¿Qué hacías?

MARÍA JOSÉ.— Pasear. Aquí no se respira.

PABLO.— No me gusta que hagas esas cosas. Luego la gente va señalando.

Silencio.

PABLO.— *(Quitándose las botas.)* Lávame esto.

PABLO se fija en algo.

PABLO.— ¿Por qué te has puesto esos zapatos?

MARÍA JOSÉ.— Son más cómodos.

PABLO.- (*Tierno.*) Tú no tienes que andar fuera. Tú tienes que dormir.

MARÍA JOSÉ.- No puedo cerrar los ojos.

Silencio. PABLO se acerca a MARÍA JOSÉ.

PABLO.- Me preocupo por ti. Te quiero cuidar.

PABLO la besa.

MARÍA JOSÉ.- Oye.

PABLO.- Dime.

MARÍA JOSÉ.- ¿Tú lo has oído?

PABLO.- ¿El qué?

MARÍA JOSÉ.- ¿No oyes llorar a un niño? PABLO.- No.

MARÍA JOSÉ.- Escucha. PABLO.- No oigo nada.

MARÍA JOSÉ.- Shhhh.

Silencio.

MARÍA JOSÉ.- ¿No oyes nada?

PABLO.- Será un gato.

MARÍA JOSÉ.- No. Es un niño.

PABLO.- Los gatos vienen a pedir comida y los estampan contra el muro.

MARÍA JOSÉ.- A mí me parece un niño.

PABLO.- Te juro que no. ¿Has visto mi navaja?

MARÍA JOSÉ.- Estábamos hablando de....

PABLO.- (*Cortándole.*) Estabas diciendo tonterías. ¿Has visto mi navaja?

MARÍA JOSÉ.- No son tonterías. Oigo como llora sin parar.

PABLO.- ¡Cállate! Deja quieta esa lengua.

Silencio.

PABLO.- ¿Sí?

Silencio.

PABLO.- Eso.

Silencio. Silencio. Silencio.

PABLO.— ¿Has visto mi navaja?

MARÍA JOSÉ.— A saber.

PABLO.— Vamos a la mesa.

MARÍA JOSÉ.— (*Muy dulce.*) Ve tú. No tengo hambre.

PABLO sale. Entra un perro. Se sienta. Mira fijamente a MARÍA JOSÉ.

MARÍA JOSÉ.— (*Al perro.*) ¿Quién eres?

El perro no contesta. A MARÍA JOSÉ le da un escalofrío.

DÍA

Un espacio grande y sucio. El sol muere con todas sus fuerzas. Hay un grupo de personas rodeando la acequia. Sujetan con una sola mano algo que recuerda a un palo. Utilizan este instrumento para hacer añicos el agua. Movimientos violentos. Ritmo descontrolado. Un hombre alza su palo y ordena: «Alto». Todos paran. El mismo hombre mete la mano en el agua y saca un siluro. Un perro los mira desde un rincón.

DÍA

Cruce de caminos. CARLOS está sentado en una roca. Lleva un palo apoyado en los dos hombros, formando con el instrumento y su cuerpo una «T». Entra MARÍA JOSÉ.

MARÍA JOSÉ.— Quítate.

CARLOS.— No vas a pasar.

MARÍA JOSÉ.— ¿Quién eres tú para decírmelo?

CARLOS.— Este no es sitio para una mujer.

MARÍA JOSÉ.— ¿Y me lo prohíbes tú?

CARLOS.— No pasarás mientras yo esté aquí.

MARÍA JOSÉ.— Ese palo no te defiende de la vergüenza.

CARLOS.— Cállate.

MARÍA JOSÉ.— Eso no va a pasar mientras yo tenga lengua.

CARLOS.— Vuelve a casa. Se acabó.

MARÍA JOSÉ no se mueve.

CARLOS.— ¿Qué prefieres la casa o lo otro?

MARÍA JOSÉ.— Mil veces lo otro.

CARLOS.— Vete. Pronto saldrá la luna.

MARÍA JOSÉ.— Mejor. Así podrá empacharse.

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Aquí me voy a quedar.

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Como una estatua.

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Hasta secarme.

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— ¿Luego vendrá otro trabajador?

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Bien.

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— ¡Mariquita canta, o te doy con la palanca!

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— ¡Mariquita canta, o te doy con la palanca!

CARLOS.— Para.

MARÍA JOSÉ canta.

MARÍA JOSÉ.— En un zurrón voy metida, en un zurrón moriré,
por culpa de unos zapatos que en la fuente me dejé.

CARLOS.— He dicho que pares.

Y más alto.

MARÍA JOSÉ.— ¡Mariquita canta, o te doy con la palanca! CARLOS.—
¿Por qué haces esto?

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Porque tengo miedo. Porque me duele aquí. Porque tengo
una herida dentro que sangra a chorros. Porque me habéis matado.
Porque cada vez tengo menos aire. Porque si sigo así voy a hacerme
un agujero en la garganta. Porque me miro desde fuera y veo a otra
persona. Porque me duelen hasta las venas. (*Pausa.*) Por eso quiero
pasar.

Silencio.

CARLOS.— (*Quiriendo decir lo contrario.*) No vas a pasar.

DÍA

*MARÍA JOSÉ camina sola por la tierra. Observa a su alrededor. Se detiene. Parece
que ha descubierto algo. Desaparece entre los juncos. Un perro le sigue.*

NOCHE

*Parany o trampa. La noche y la humedad molestan. El CORO DE TRABAJADORES de
la Marjal sentados alrededor de una mesa. JUAN preside la reunión. Entra PABLO
con algo entre las manos.*

JUAN.— Prestad mucha atención.

PABLO coloca una rama frente a JUAN. Está llena de pajaritos que pían e intentan escapar. De la rama escoge uno que se ha quedado pegado gracias a algún tipo de resina.

JUAN.— La mano izquierda lo empuña por el lomo...

Aún intenta volar.

JUAN.— ... cuidado con el vientre.

Levanta la mano derecha para que el resto de trabajadores puedan verlo.

JUAN.— Con el dedo gordo y el de señalar...

Enseña estos dedos.

JUAN.— Hago pinza...

Coloca estos dedos en las sienas del pajarito.

JUAN.— ... y estrujo.

El pajarito siente un pequeño dolor y abre la boca como un lobo. Se escucha un grito que viene desde fuera. Cuando el grito cesa el pajarito deja de agitarse.

JUAN.— (Al CORIFEO.) ¡Corre a enterarte de lo que pasa!

CORIFEO sale.

JUAN.— (Al CORO.) Si tienes que decir algo dilo en alto.

CORO.— Nosotros no te queremos culpar, pero ¿por qué no has dejado enterrar el cuerpo de ese niño con el resto?

JUAN.— Y lo volvería a hacer. Nuestra tierra no se va a amargar con la sangre de ese niño.

CORO.— ¿Tú no te das cuenta que desde la acequia que da al pozo los perros no paran de ladrar? Esto no pasaba desde lo de Mercedes. La tierra parece vomitar algo y del cielo puede caer cualquier cosa.

Entra CORIFEO.

JUAN.— *(Al CORIFEO.)* ¿Qué pasa? ¿A qué viene esa cara?

CORIFEO no responde.

JUAN.— *(Al CORIFEO.)* ¡Habla de una vez!

CORIFEO.—*(Austado.)* Hay alguien ahí fuera. Rondando por el pozo.

JUAN.— El hombre que haya tenido el valor de desafiarme va a soñar conmigo.

Silencio.

PABLO.— No es un hombre.

JUAN.— ¿No?

PABLO.— Es mi mujer.

NOCHE

CARLOS está apoyado en una roca. Es de noche, pero no tiene frío. Canta. Parece que tiene un frasco en la mano. Por eso canta. Por eso parece que no tiene frío.

CARLOS.— En la Marjal he nacido, para amar y vivir.
En tu campo labrado, con noble trabajo, me quiero morir.

Entra el CORO DE TRABAJADORES en tromba.

CORIFEO.—¿Qué haces?

CARLOS.— Vigilo. *(Pausa.)* El cielo tiene que parecerse a esto.

CORIFEO.—¿Qué bebes?

CARLOS.— Agua santa.

Entra JUAN.

JUAN.— ¿Qué son esas voces?

CORIFEO.—Está borracho.

JUAN.— *(A CARLOS.)* ¿Has visto a tu hermana?

CARLOS.— Estará en casa.

JUAN.— Allí no está.

CARLOS.— ¿Seguro?

JUAN.— ¿No la has visto tú?

CARLOS.— Esta mañana.

JUAN.— Y qué te dijo.

CARLOS.— Nada.

Silencio.

CARLOS.— No me dijo nada. JUAN.— ¿Nada?

CARLOS.— Nada.

Silencio

CARLOS.— Te juro que nada.

Silencio.

JUAN.— Como me mientas te mato.

NOCHE

Escena simultánea. Los tiempos y los espacios se entrecruzan como en un recuerdo o en un sueño. Empieza a llover como nunca. MARÍA JOSÉ corre sola por la tierra. Zancadas grandes. Está a punto de caer.

CARLOS.— Sigue la acequia grande por la orilla. Quieta cuando veas una higuera...

Se detiene bruscamente.

CARLOS.— ...súbete en el bote y rema.

MARÍA JOSÉ rema, rema y rema.

CARLOS.— Al ver una roca pintada...

Parece que ha descubierto algo.

CARLOS.— ...baja del bote y...

Entra PABLO y CARLOS desaparece del recuerdo de MARÍA JOSÉ.

PABLO.— (A MARÍA JOSÉ.) ¿Qué haces aquí? La luna está llena. Te podrían ver.

MARÍA JOSÉ.— Llévate la luna si quieres.

PABLO.— Vámonos a casa.

MARÍA JOSÉ.— De aquí no me muevo. Clávame esa navaja si hace falta.

PABLO.— Clavarte la navaja no, pero te pegaría cuatro gritos sino fuera porque pueden oírnos.

MARÍA JOSÉ.— Si yo pegara cuatro gritos se levantarían todos los muertos a ayudarme.

PABLO.— Tienes que olvidar. Te empeñas en tirarte al agua con piedras en los bolsillos.

MARÍA JOSÉ.— Piedras que son una vergüenza. PABLO.— Yo te puedo dar lo que necesitas.

MARÍA JOSÉ.— Lo que estás pensando no es lo que necesito. Así que puedes estar tranquilo.

PABLO.— Olvídalo por favor. ¿Por qué no tenemos otro hijo?

MARÍA JOSÉ.— No quiero otro hijo. Pienso en mi niño y sólo me dan ganas de gritar.

PABLO.— ¿Entonces qué quieres?

MARÍA JOSÉ.— Quiero andar y no tengo pies. Quiero encender una vela y no hay lumbre. Quiero señalar y no encuentro mis dedos.

Se oye crujir los arbustos.

PABLO.— Habla bajo. Viene gente.

MARÍA JOSÉ.— No me importa.

PABLO.— Piensa que las cosas tenían que pasar así. Resígnate.

MARÍA JOSÉ.— Eso nunca.

PABLO.— Vámonos.

Le coge por el brazo.

PABLO.— Nos vamos juntos a casa.

Una sombra cruza la escena.

PABLO.— ¿Me has oído?

La sombra entra en escena. Es CARLOS. Tiene los ojos llorosos y un palo entre las manos. Avanza lentamente, hacia PABLO, sólo mira a PABLO.

NOCHE

En el pozo. Está empezando a llover. MARÍA JOSÉ tiene en sus manos una cuerda trenzada de esparto. Ata un extremo a la base de una higuera. Hace uno, dos y tres nudos. Está lloviendo. Por el otro extremo MARÍA JOSÉ se ha abrazado a la cuerda. Lluve a chorros. No se le ve apenas. A MARÍA JOSÉ se la comen la sombra y el agua. Coge un trozo de madera y lo muerde. Se mantiene de pie, frente al pozo. Ahora llueve más que nunca y MARÍA JOSÉ no tiene ganas de vivir.

NOCHE

Parany o trampa. Contra las paredes se escucha el ritmo de la lluvia. JUAN tiene una navaja entre las manos. Sentado en una silla sus pensamientos no paran de moverse. De pronto entra el CORIFEO con MARÍA JOSÉ atada con una cuerda. Están empapados de agua. Ella viene muy tranquila, sus colores son más nítidos y brillantes. El CORIFEO tiene la respiración agitada. Las pausas que hace son para tomar aire, pero más bien para pensar mucho lo que va a decir.

JUAN.— (A CORIFEO.) Desátala ahora mismo.

CORIFEO desata a MARÍA JOSÉ.

JUAN.— (A CORIFEO.) Ahora habla.

Pausa. Respira porque se aboga.

CORIFEO.—Vengo corriendo desde el pozo...

JUAN.— ¿Y qué ha pasado?

Pausa.

CORIFEO.—... echamos a suertes ... quién se quedaba vigilando.

Pausa. Jadeo.

CORIFEO.—Porque la noche es larga... y si llueve todavía más.

Pausa

CORIFEO.—... y me tocó a mí.

JUAN.— Habla.

Pausa. Resopla.

CORIFEO.— Yo estaba en lo alto de la caseta. Desde ahí se puede ver el pozo. (*Coge aire.*) Los ojos me pesaban. Esta mujer ha elegido muy bien el momento. Yo me iba pellizcando para no caer. (*Coge aire.*) La luna se colocó encima de mi cabeza y empezó a llover. (*Coge aire.*) La lluvia tapó el cielo y yo me escondí bajo el carrizo. (*Coge aire.*) El pozo vomita un sonido agudo. (*Coge aire.*) No se veía nada. Sólo la oscuridad y los bloques de agua. (*Coge aire.*) Me da en las narices un olor que no se imagina. El olor a muerte. (*Coge aire.*) Entonces escucho a alguien dando voces. (*Coge aire.*) Me acerco. Y veo a esta mujer escarbando la tierra.

Silencio.

JUAN.— (*A MARÍA JOSÉ.*) ¿Es eso cierto?

MARÍA JOSÉ le mira sin ver. No contesta.

JUAN.— (*A MARÍA JOSÉ.*) ¿Dónde te detuvieron?

No contesta.

CORIFEO.—Estaba escarbando la tierra con las uñas.

Silencio.

CORIFEO.—Escarbando como un bicho. Parecía un animal.

Silencio.

JUAN.— (A CORIFEO.) ¿Y el niño?

CORIFEO.—He vuelto a tirarlo al pozo. Como usted mandó.

JUAN.— Bien.

CORIFEO.—(Refiriéndose a MARÍA JOSÉ.) ¿Quiere que me la lleve a su casa?

JUAN.— No.

Pausa.

JUAN.— (A CORIFEO.) Sube arriba y no te muevas hasta que yo te diga.

CORIFEO.— De acuerdo. (Sale.)

JUAN se queda en frente de MARÍA JOSÉ y empiezan a gritarse en silencio.

NOCHE

Debajo de la lluvia. En un rincón donde otras tantas veces PABLO trabajaba la tierra, hoy se ha sentado a llorar. Está acurrucado, casi ausente. Tiene una brecha mala en la cabeza. La sangre, las lágrimas y el agua se mezclan y riegan la tierra. PABLO se ha puesto a recordar y no tiene ganas de vivir.

NOCHE

JUAN camina por la habitación buscando las palabras.

JUAN.— ¿Os ha visto alguien?

MARÍA JOSÉ no contesta.

JUAN.— ¿Os han visto a ti y al que está arriba?

MARÍA JOSÉ *niega con la cabeza.*

JUAN.— ¿Te has fijado bien?

MARÍA JOSÉ *asiente con la cabeza.*

JUAN.— Sube a limpiarte y te metes en la cama. Yo me encargo de quitar de en medio a ese que ha venido contigo.

MARÍA JOSÉ *va hacia la puerta...*

JUAN.— ¿Dónde vas?

... *JUAN se pone delante.*

JUAN.— ¿Dónde vas?

MARÍA JOSÉ.— A enterrar a mi hijo.

JUAN.— ¿Tienes la poca vergüenza de seguir con eso?

MARÍA JOSÉ.— Es mi obligación.

JUAN.— Tu obligación es obedecerme.

MARÍA JOSÉ.— Tengo que enterrarlo. Si hubiera nacido le estaría dando el pecho, le estaría cantando por las noches o estaría jugando con él.

Como no estoy haciendo nada de eso, por lo menos voy a enterrarlo.

JUAN.— ¿Tú sabes de mi prohibición?

MARÍA JOSÉ *no contesta.*

JUAN.— Tú te crees que por dormir con mi hijo estás por encima de las normas.

MARÍA JOSÉ.— Aunque fuera la esposa de un segador, de un pescador o de cualquier criatura de la Marjal haría cualquier cosa por enterrar a mi niño.

JUAN.— Tú piensas que por ser de los míos no me atreveré a castigarte.

MARÍA JOSÉ *no contesta.*

JUAN.— ¿Te arrepientes?

MARÍA JOSÉ.— No.

JUAN.— ¡Qué ciega estás! (*Pausa.*) Tu obligación como mujer y niña es hacer lo que se te manda. Vete arriba. ¿No entiendes que si alguien más se entera tendré que castigarte?

Silencio. MARÍA JOSÉ va hacia la puerta. JUAN se pone delante.

JUAN.— ¿Quieres que te encadene como a un perro?

MARÍA JOSÉ no contesta.

JUAN.— ¡Quiero protegerte!

MARÍA JOSÉ.— Protegiéndome no vas a evitar que haga lo que tengo que hacer.

Silencio.

JUAN.— ¿Para qué lo haces?

MARÍA JOSÉ no contesta.

JUAN.— ¿Quieres poner a La Marjal en mi contra?

MARÍA JOSÉ.— No.

JUAN.— ¿Lo haces por él? ¿Crees que va a ser mejor muerto?

MARÍA JOSÉ.— No. Lo hago por mí.

JUAN.— ¿Y prefieres que te castigue?

MARÍA JOSÉ.— Haz lo que quieras.

JUAN.— ¡Quiero salvarte!

MARÍA JOSÉ.— Puedes conseguir muchas cosas, pero eso no puedes hacerlo.

JUAN.— Te empeñas en clavar un clavo con la cabeza. No me obligues a hacer lo que no quiero.

MARÍA JOSÉ.— Juan. Haz lo que tengas que hacer. Yo haré lo mismo.

JUAN coge a MARÍA JOSÉ por el brazo.

JUAN.— No me desafíes porque podría echarte al mismo pozo donde está la criatura si me diese la gana. (*Paua.*) No me crees capaz, ¿verdad?

JUAN sienta a MARÍA JOSÉ.

JUAN.— No voy a encerrarte porque la culpa no es tuya. Ese niño ha nacido enfermo porque la tierra está enferma. Acéptalo.

Se escucha ladrar perros y gritos de multitud.

MARÍA JOSÉ.— No me vas a encerrar porque eres un cobarde. Tienes miedo de lo que pueda ocurrir y prefieres hacer como si no pasara nada, pero el fango que hay te llega hasta las narices y no te deja respirar.

Los perros y la gente están más cerca.

JUAN.— Vete arriba. Ya.

Los perros y la gente ya están fuera del Parany.

JUAN.— Muérdete la lengua. Si se enteran de lo que has hecho no podremos hacer nada.

MARÍA JOSÉ.— No te voy a dejar decir ni una palabra. Mis gritos van a llegar a todos los rincones de la Marjal. Voy a gritar hasta que este cuerpo no responda. Voy a gritar hasta curvarme. Voy a gritar hasta quedarme muda.

Silencio. Entra el CORO DE LOS TRABAJADORES de la Marjal. Llevan atado a CARLOS. Por último entra PABLO. JUAN mira a su hijo.

JUAN.— ¡Encerradla!

NOCHE

Es la hora del fuego. Alrededor de una hoguera el CORO DE LOS TRABAJADORES de la Marjal cantan y echan restos de algo que estaba vivo al fuego. Beben y bailan. Un perro los observa desde un rincón.

TRABAJADOR 1.- ¿Se sabe algo de María José?

TRABAJADOR 2.- Juan se la ha llevado a vivir a la caseta de la carrasca con su hermana.

TRABAJADOR 3.- ¿Con Magdalena?

TRABAJADOR 2.- Sí.

TRABAJADOR 3.- Ni yo que soy hombre me atrevería a pasar por allí.

TRABAJADOR 1.- ¿Por qué?

TRABAJADOR 3.- Porque esa mujer da miedo. Es grande y oscura como la sombra de un alcornoque.

TRABAJADOR 1.- ¿Y está allí enclaustrada?

TRABAJADOR 2.- Ni un soplo de aire entra en esa casa.

TRABAJADOR 4.- Se lo merece.

TRABAJADOR 2.- ¿Quién eres tú para hablar así? La culpa no es de ella.

TRABAJADOR 4.- ¿Tú qué sabes?

TRABAJADOR 2.- Es lo que se dice.

Silencio.

TRABAJADOR 1.- ¿Qué han hecho con la criatura?

TRABAJADOR 2.- La pusieron debajo de unas piedras, pero los perros se la fueron llevando a trozos.

Silencio.

TRABAJADOR 1.- ¿Y el hermano? ¿Cómo se llamaba?

TRABAJADOR 3.- ¿Carlos? Ese hombre no vuelve.

TRABAJADOR 1.- ¿Qué ha ocurrido?

TRABAJADOR 3.- Juan ordenó cortarle las manos con una azada y las tiraron a la acequia.

Silencio.

TRABAJADOR 1.- ¿Y cómo está?

TRABAJADOR 3.- No lo sé. No se le ha visto.

TRABAJADOR 1.- ¿Y el marido?

TRABAJADOR 2.- Anda por ahí como un muerto. Ni oye, ni habla.

Silencio.

TRABAJADOR 1.- Todo se arreglaría con otra criatura.

TRABAJADOR 4.- Toda la culpa es de ella.

TRABAJADOR 2.- Que te calles.

TRABAJADOR 4.- Calla tú.

TRABAJADOR 2.- La culpa es de la familia del padre.

TRABAJADOR 4.- ¿Por qué?

TRABAJADOR 2.- Tienen mala sangre.

TRABAJADOR 4.- ¿Qué dices?

TRABAJADOR 2.- Te lo digo yo.

TRABAJADOR 3.- ¡A callar!

TRABAJADOR 1.- Silencio. Ahí viene Pablo.

Murmullos. PABLO pasa por el fondo de la escena. Parece un muerto, sus piernas casi no le sostienen. El CORO DE LOS TRABAJADORES canta.

NOCHE

La caseta de la carrasca. Es la antigua casa de Mercedes, pero ahora vive MAGDALENA. La casa es oscura como un hueco. Tiene pasillos estrechos como zanjas. El sol no entra. Hay cuadros, pero no hay ventanas. El ambiente es de dolor riguroso. Hay tres sillas estilo campo. En una de las sillas está sentada MAGDALENA, hierática. En la segunda MARÍA JOSÉ, prisionera. En la otra, debería estar Mercedes, pero está muerta. Silencio absoluto. Sólo se oye crujir las paredes de vez en cuando. MAGDALENA está durmiendo con los ojos abiertos, a MARÍA JOSÉ se le marcan las venas. Hay una araña enorme que anda por el suelo, una araña negra, de patas negras. Una araña tan grande que no hace falta acercarse mucho para verla. La araña cruza la habitación. Muy lenta. Cuando la araña pasa entre las dos mujeres, MAGDALENA la revienta de un pisotón.

MAGDALENA.- Descanse en paz.

DÍA

Restos de lo que antes fue una hoguera. El cadáver de la fogata pelea por sobrevivir. En vez de fuego, un hilito de humo mirando al cielo. A sus pies sólo quedan cenizas y algunas ascuas. Alrededor, tumbados en el suelo, el CORO DE TRABAJADORES de la Marjal, medio dormidos y medio borrachos. El perro ha desaparecido. Entra el CORIFEEO arrastrando noticias.

CORIFEEO.—(A voces.) ¡Vamos!

Duermen.

CORIFEEO.—(A voces.) ¡Arriba!

Van despertando.

CORO.— Qué te pasa.

Despiertan todos.

CORO.— Mal rayo te parta.

CORIFEEO.—Estoy deseando que escuchéis lo que he visto.

CORO.— Siéntate.

CORIFEEO.—No puedo.

CORO.— Pues habla desde ahí entonces.

CORIFEEO.—Iba tan alegre andando por el cañizal y de repente empiezo a escuchar un griterío. A mi lado dos murciélagos despedazándose a muerte. Sacándose las tripas. Uno de ellos viene y me ataca como un demonio. Voy a la acequia mayor a curarme el brazo y...

Pausa.

CORIFEEO.—Y veo un siluro enorme flotando. Muerto.

Pausa.

CORIFEO.— Esta mañana a tres trabajadores se les cayó una roca encima. Y el humo que desprende la carrasca al quemarse huele diferente y no deja ceniza.

Pausa.

CORIFEO.— Y no habéis oído lo que dice la Verdulera.

CORO.— ¿Qué Verdulera? ¿La de los ojos secos?

CORIFEO.— Dice que una maldición ha caído a plomo sobre nosotros.

Dice que al padre de Juan se lo tragó la acequia y que a su mujer Mercedes la aplastaron dos bueyes. Y que ahora le ha tocado el turno a esa pobre criatura que también es su nieto. (*Pausa.*) Dice que este es el peor veneno que ha caído sobre la Marjal.

CORO.— Nosotros sentimos lo mismo.

CORIFEO.— Juan tiene que ceder con ese niño muerto.

CORO.— Es capaz de cualquier cosa menos enterrarlo.

CORIFEO.— Tenemos que hablar con él.

CORO.— ¡Con Juan no se puede hablar!

CORIFEO.— ¡Con vosotros sí que no se puede hablar!

CORO.— No va a ceder. Aquí se hace lo que él manda.

Silencio.

CORIFEO.— Juan tiene miedo a que se repita la historia. Primero fue su padre quien apretó el puño. Y la tierra lo mató. Luego vino Mercedes y ahora la tierra quiere el cuerpo de ese muchacho muerto. Ese niño ha tenido la misma suerte que la gente que lo engendró.

Silencio.

CORIFEO.— Nos hemos quedado con una cosa que no es nuestra.

CORO.— Por eso la tierra está seca.

CORIFEO.— Por eso no crecen ni las adelfas.

CORO.— El agua de la acequia ha cambiado de color.

CORIFEO.— Por eso el agua está espesa.

CORO.— Por eso huele a muerte.

CORIFEO.— La acequia se va a llenar de sangre.

CORO.— La Marjal está furiosa.

CORIFEO.— Y nosotros estamos en medio.

Silencio.

CORO.— ¿Qué podemos hacer?

Una ventolera sacude las cenizas de la hoguera y lanza las ascuas al aire para que se estrellen contra el CORO DE TRABAJADORES de la Marjal. Todos salen corriendo.

DÍA

En la habitación del amo. JUAN está de rodillas frente a MAGDALENA.

JUAN.— Te aviso.

MAGDALENA corta con unas tijeras un mechón de pelo a JUAN.

JUAN.— No voy a cambiar.

MAGDALENA coloca un plato con agua en la cabeza de su hermano.

JUAN.— Salga lo que salga.

MAGDALENA introduce las tijeras dentro del recipiente. Sujetando el mechón de pelo con los dedos pulgar e índice de la mano derecha, empieza a hacer cruces sobre la cabeza de JUAN. Con cada una de las cruces recita la siguiente oración.

MAGDALENA.— Dos ojos te han hecho este mal...

Una cruz.

MAGDALENA.— ... dos te lo van a quitar.

Dos.

MAGDALENA.— Si es por la mañana, la niña descalza.

Tres.

MAGDALENA.— Si es a medio día, la niña sombría.

Cuatro.

MAGDALENA.— Si es por la noche, el niño garrote.

Cinco.

MAGDALENA.— En el nombre de la oscura Divinidad.

Seis.

MAGDALENA.— Alivia a este hombre...

Siete.

MAGDALENA.— ... que está en necesidad.

MAGDALENA tira tres gotitas de aceite dentro del plato. Silencio. MAGDALENA mira dentro del plato.

MAGDALENA.— Se han ido al fondo.

JUAN.— ¿Cómo que al fondo?

MAGDALENA.— Míralo.

JUAN mira el interior del plato.

MAGDALENA.— No flotan.

JUAN.— No puede ser.

MAGDALENA.— El agua lo ha dicho.

JUAN.— Eso pasa por la humedad, mucha gente lo dice.

MAGDALENA no responde.

JUAN.— ¿No?

MAGDALENA no responde.

JUAN.— ¿Qué pasa?

MAGDALENA.— De mal de ojito, mal de lombrices. Algo se ha interpuesto entre el cielo y la tierra y tú estás en medio. Del mal susto tienes la sangre irritada. No te lo corto con un cuchillo porque no hay cuchillo que te pueda apartar de eso que tienes.

Silencio.

JUAN.— Anoche soñé que me miraba en un espejo. Eran dos espejos. Uno frente a otro. Y con esos espejos se forma un laberinto más largo que la acequia mayor. Me veo en ese espejo. Me reconozco. Pero no soy yo. Llevo puesta una máscara. Una máscara que no tiene ojos. Intento arrancarme la máscara, pero no puedo.

JUAN.— No puedes porque estás muerto.

Silencio.

JUAN.— ¿Qué hago? Dime lo que sea.

MAGDALENA no contesta.

DÍA

MARÍA JOSÉ ríe. Ríe porque sabe que está soñando. Junto a ella está lo que habría sido su hijo. Va desnudo. El niño sostiene un enorme tomate violeta. Es tan grande que lo tiene que sujetar con sus dos manitas porque en una no le cabe.

MARÍA JOSÉ.— He estado mucho tiempo sin respirar. Porque cuando agunto la respiración me desmayo y vengo aquí a reunirme contigo. Yo ya estoy muerta porque hablo contigo como si nada. Vengo a pedirte perdón y a darte las gracias.

El niño clava sus dientes en el tomate.

MARÍA JOSÉ.— Te veo nacer. Al nacer te rompiste un huesecito, pero no pasa nada porque eso se suelda solo.

Empieza a comer.

MARÍA JOSÉ.— Te veo gateando alrededor del pozo. Te haces un corte en la rodilla por unos cristales feos que hay en el suelo, pero no pasa nada porque yo te curo.

Sigue comiendo el tomate.

MARÍA JOSÉ.— Te veo bañándote en el agua fría de la acequia y tiemblas, pero no pasa nada porque yo te seco.

Le chorrea jugo de tomate.

MARÍA JOSÉ.— Te veo subido al tejado de la alquería y allí te pica una avispa en la frente, pero no pasa nada porque yo te pongo barro.

Por los brazos y el pechito.

MARÍA JOSÉ.— Te veo con la boca sangrando por haberte partido el diente con el columpio, pero no pasa nada porque yo te limpio.

Se está poniendo perdido.

MARÍA JOSÉ.— Qué bien estoy aquí.

El niño ríe. Empapado en jugo de tomate. El niño ríe. De repente entra MAGDALENA. De repente el niño desaparece. De repente un perro ladra.

MAGDALENA.— ¿Qué haces?

Silencio.

MARÍA JOSÉ.— Puede que mañana llueva.

DÍA

Habitación cerrada. El aire está quieto y hay mucha rabia contenida. JUAN está de pie. A PABLO le queman los ojos.

PABLO.— Sabes a lo que vengo.

JUAN.— Sí.

PABLO.— ¿Y?

JUAN.— No puedo decepcionar a la Marjal.

PABLO.— Lo que está pasando aquí es para hacer sonar todas las campanas.

JUAN.— No me lo parece.

PABLO.— Abre los ojos.

JUAN.— Los tengo bien abiertos.

PABLO.— ¿Tan ciego estás? Sal fuera a enterarte de lo que pasa. María José no se merece esto.

JUAN.— Alguien que desobedece así se merece el peor veneno.

PABLO.— Perdónala, Juan.

JUAN.— Todavía no. Que pague lo que debe.

Silencio.

PABLO.— Déjanos escapar. Nos iremos esta noche. La gente supondrá que duermes.

JUAN.— La gente supondrá que la salvo porque duerme contigo.

PABLO.— Cárgame con las culpas. Di que yo escapé con ella.

JUAN.— No pienso hacer eso.

PABLO.— Papá.

Silencio. Se escuchan ladrar a unos perros.

PABLO.— ¿Tú escuchas a la Marjal? Te está pidiendo a gritos que la sueltes. JUAN.— Sé lo que hago.

PABLO.— Escúchame. Estás apretando tanto que te vas a partir en dos.

JUAN.— ¡Qué me vas a enseñar tú con la edad que tienes!

PABLO.— ¿Qué tiene que ver mi edad? Siempre me he portado bien contigo.

JUAN.— ¡Portarse bien es morder esta mano?

PABLO.— Todos están esperando a que la sueltes.

JUAN.— La gente no me va a decir lo que tengo que hacer.

PABLO.— No, pero la gente está hablando.

JUAN.— ¿Te he preguntado su opinión?

PABLO.— No estás siendo justo.

JUAN.— ¿Tengo que ser justo con quien no lo ha sido?

PABLO.— ¿Para qué quieres castigarla más?

JUAN.— ¡Me vas a matar con tanta palabra!

PABLO.— ¿Es que no podemos hablar?

JUAN no contesta.

PABLO.— Callar es el castigo más grande.

Silencio.

JUAN.— ¡Márchate!

PABLO.— No te atrevas a hacerlo.

JUAN.— ¿Y te atreves tú a amenazar a tu padre?

PABLO.— Si no fueras mi padre te aplastaría los huesos contra el suelo.

Silencio. PABLO mira a su padre como si no lo conociera. Entra el CORIFEEO sin hacer ruido.

CORIFEEO.—¿Os habéis enterado?

JUAN.— ¿Qué?

CORIFEEO.—María José ha envuelto en navajazos a Magdalena. Mientras dormía. La cubrió con una sábana blanca y la pinchó hasta teñirla de rojo. Han encontrado el cuerpo de cerca del pozo.

Silencio.

JUAN.— (A CORIFEEO.) Busca a María José. La voy a encerrar en un sitio donde no exista el sol.

Sale PABLO precipitadamente. Se ve que es capaz de hacer cualquier cosa. Silencio. A su padre JUAN le preocupa más este silencio que un supuesto griterío. JUAN sale detrás de su hijo.

DÍA

MARÍA JOSÉ ha salido de la prisión. Parece que las aguas van hacia ella. No se ve muy bien dónde está, pero es un sitio grande y lejano. La escena es lenta porque el tiempo se ha detenido. Cava un hoyo con sus manos. Mientras se hunde en el barro sabe que el momento más grave no ha llegado todavía.

DÍA

JUAN está de pie frente a la acequia mayor. Mirando directamente al agua. Un siluro grande como él flota en el agua. Está muerto. JUAN quiere hacer algo, pero no le sale. Tiembla por dentro. Parece que tenga el cuerpo lleno de hormigas. Entra el
CORO DE TRABAJADORES.

CORO.— Juan.

JUAN no contesta.

CORO.— ¿Podemos hablar?

JUAN.— ¿Le ha pasado algo a mi hijo?

CORO.— No es eso.

JUAN no responde.

CORO.— Una vez sabemos que nos hemos equivocado lo grave es seguir empeñados en equivocarnos.

JUAN no responde.

CORO.— Te has quedado con una persona que es de la tierra.

JUAN no responde.

CORO.— No vayas contra la ley de la Marjal.

JUAN no responde.

CORO.— ¡Juan?

JUAN.— (*Refiriéndose al gran siluro.*) Está muerto. Qué manera de estar muerto. Mientras las ondas van y las ondas vienen. Cualquiera diría que no está muerto, pero lo está. Flota nadando en este espejo. La vida está en este espejo.

Silencio.

JUAN.— Hay que enterrar el cadáver de ese niño. Vamos ya.

Entra CORIFEO. Trae terribles noticias.

CORIFEO.—María José después de enterrar a su niño se ha empujado al pozo. Se ha dejado caer con las mismas piedras que sirvieron para tapar al pequeño. Al momento ha llegado Pablo entre gritos. Se asoma al pozo y empieza a tirar de la cuerda. Empapado en sudor y con las manos ensangrentadas saca el cuerpo de María José. Amagaba media sonrisa. Parecía un muñeco. Pablo se desploma en el barro. Desplaza su mirada por el cuerpo muerto y encuentra algo. Una pequeña navaja. Y os prometo que en ese momento, en sus ojos negros, he podido ver a su padre. Entonces Pablo, ha vuelto al cuerpo de María José, y ahí ha cambiado los ojos negros por los ojos de un niño. Ha cogido la navaja y se la ha hundido en el cuello. Muy suave. Después se ha tumbado junto al cuerpo de María José en medio de un charco de sangre.

Silencio.

JUAN.— Traedlos.

Silencio.

JUAN.— A los tres.

Silencio.

JUAN.— Limpiadlos y vestidlos.

Silencio.

JUAN.— Haced que duerman los tres juntos.

Silencio, silencio, silencio...

DÍA

Un espacio vasto rodeado por acequias. La mañana es hermosa. Se oyen lloros y campanas. Un grupo de personas manejan azadas. Utilizan estas herramientas para cavar y mover la tierra. Movimientos rigurosos y estrictos. Marcha casi ceremonial. JUAN los dirige desde lo alto. A la orden del mismo empujan un gran bulto en un agujero. El instante se hace eterno. En alguna parte de la escena, puede que encima de alguna piedra o puede ser en el fondo de mis ojos están abrazados MARÍA JOSÉ, PABLO y PABLITO.

Oscuro final.